

The book cover features a stylized illustration of a woman's face, rendered in shades of blue, purple, and white. She is wearing a large, dark, wide-brimmed hat. The background is a deep blue with a textured, painterly quality. In the lower portion of the image, several tall, angular buildings in shades of yellow and green are visible, suggesting a city skyline at night. The overall aesthetic is modern and artistic.

Dino Buzzati

Sesenta relatos

TRADUCCIÓN DE MERCEDES CORRAL

Reunidos por el propio Buzzati en 1958, los «Sesenta relatos» vienen a constituir la auténtica *summa* de su mundo poético. En ellos abarca toda la gama de sus motivos: la visión surreal de la vida, el horror por la ciudad, los automatismos existenciales y la sugestión metafísica, en un conjunto de narraciones diversas que siempre logran sorprender al lector. El relato, género contenido y exigente por definición, se presta de maravilla a la habilidad narrativa de Buzzati, maestro indiscutible de la forma breve, capaz de traducir en juego, tragedia o misterio situaciones en apariencia banales o evidentes, mientras juega con lo fabuloso y lo imaginario para crear narraciones únicas e intemporales. Italo Calvino lo consideró “uno de nuestros más sólidos y que mejor han resistido el paso de los años”.

I.

Los siete mensajeros

Partí para explorar el reino de mi padre, pero de día en día voy alejándome de la ciudad y las noticias que me llegan son cada vez más escasas.

Empecé el viaje con treinta y pocos años y ya han pasado más de ocho, exactamente ocho años, seis meses y quince días de ininterrumpido camino. Al partir, creía que en pocas semanas alcanzaría fácilmente las fronteras del reino, pero no he dejado de encontrar nuevas gentes y nuevos pueblos; y en todas partes hombres que hablaban mi misma lengua, que decían ser súbditos míos.

A veces pienso que la brújula de mi geógrafo ha enloquecido y que, creyendo avanzar siempre hacia el Mediodía, en realidad quizá estemos dando vueltas en redondo, sin aumentar nunca la distancia que nos separa de la capital; esto podría explicar por qué no hemos llegado todavía a la última frontera.

Sin embargo, por lo general me atormenta la duda de que esa frontera no exista, de que el reino se extienda sin límite alguno y que, por mucho que avance, jamás podré llegar al final.

Me puse en camino cuando tenía ya más de treinta años, demasiado tarde quizá. Mis amigos, mis propios parientes, se burlaban de mi proyecto, considerándolo un inútil dispendio de los mejores años de mi vida. En realidad, pocos de mis fieles aceptaron partir conmigo.

Aunque irreflexivo —¡mucho más de cuanto pueda serlo ahora!— me preocupé de poder comunicarme durante el viaje con mis seres queridos, y elegí a los siete mejores ca-

balleros de la escolta para que me sirvieran como mensajeros.

Creía, ignorante de mí, que tener siete era incluso una exageración. Con el paso del tiempo me di cuenta, sin embargo, de que eran pocos, y eso que ninguno de ellos ha caído nunca enfermo, ha tropezado con ningún bandolero ni ha reventado montura alguna. Los siete me han servido con una tenacidad y una devoción que difícilmente conseguiré nunca recompensar.

Para distinguirlos fácilmente les impuse unos nombres cuyas iniciales seguían el orden alfabético: Alessandro, Bartolomeo, Caio, Domenico, Ettore, Federico y Gregorio.

Poco habituado a estar lejos de casa, envié al primero, Alessandro, la noche del segundo día de viaje, cuando ya habíamos recorrido unas ochenta leguas. A la noche siguiente, para asegurarme la continuidad de las comunicaciones, envié al segundo, después al tercero, luego al cuarto, y así sucesivamente hasta la octava noche de viaje, en la que partió Gregorio. El primero todavía no había regresado.

Nos alcanzó en el atardecer del décimo día, cuando estábamos montando el campamento para pasar la noche en un valle deshabitado. Supe por Alessandro que su rapidez había sido inferior a la prevista. Yo había pensado que, yendo solo y montado en un magnífico corcel, podría recorrer en el mismo tiempo el doble de distancia que nosotros. Sin embargo, sólo había podido recorrer una tercera parte más. Mientras nosotros avanzábamos cuarenta leguas en una jornada, él hacía sesenta, pero no más.

Lo mismo ocurrió con los demás. Bartolomeo, que partió hacia la ciudad en la tercera noche de viaje, nos alcanzó en la decimoquinta; Caio, que partió en la cuarta, no estuvo de vuelta hasta la vigésima. Muy pronto comprobé que bastaba multiplicar por cinco los días que se tardaba hasta el momento para saber cuándo volvería a darnos alcance el mensajero.

A medida que nos alejábamos de la ciudad, el recorrido de los mensajeros se alargaba cada vez más. Después de cincuenta días de camino, el intervalo entre la llegada de un mensajero y otro comenzó a espaciarse sensiblemente; mientras que antes veía llegar al campamento uno cada cinco días, este intervalo se transformó en veinticinco. La voz de mi ciudad se hacía cada vez más débil; pasaban semanas enteras sin que recibiera ninguna noticia de allí.

Al cabo de seis meses —ya habíamos atravesado los montes Fasanos— el intervalo entre una llegada y otra de los mensajeros aumentó hasta cuatro meses. Ahora ya me traían noticias lejanas; los sobres me llegaban arrugados y a veces con manchas de humedad debido a las noches pasadas al raso por quien me las traía.

Seguimos avanzando. En vano trataba de convencerme de que las nubes que ahora pasaban por encima de mí eran iguales a las de mi infancia, de que el cielo de la lejana ciudad no era diferente a la cúpula azul que se cernía sobre mí, de que el aire era el mismo, igual el soplo del viento, idénticas las voces de los pájaros. Las nubes, el cielo, el aire, los vientos, los pájaros, me parecían en verdad cosas nuevas y diferentes; y yo me sentía extranjero.

¡Adelante, adelante! Vagabundos que encontrábamos por las llanuras me decían que los confines no estaban lejos. Yo incitaba a mis hombres a no descansar, acallaba las palabras de desánimo que asomaban a sus labios. Ya habían pasado cuatro años desde mi partida; ¡qué larga fatiga! La capital, mi casa, mi padre, se habían vuelto extrañamente remotos, casi no creía en su existencia. Unos veinte meses de silencio y soledad transcurrían ahora entre las sucesivas apariciones de los mensajeros. Me traían curiosas cartas amarilleadas por el tiempo, y en ellas encontraba nombres olvidados, expresiones para mí insólitas, sentimientos que no conseguía comprender. A la mañana siguiente, después de sólo una noche de reposo, mientras volvíamos a ponernos en camino, el mensajero partía en la

dirección opuesta, llevando a la ciudad las cartas que yo tenía preparadas desde hacía tiempo.

Pero han transcurrido ocho años y medio. Esta noche, mientras cenaba a solas en mi tienda, ha entrado Domenico, que todavía conseguía sonreír a pesar del cansancio reflejado en su semblante. No lo veía desde hacía casi siete años. Durante todo este largo espacio de tiempo no ha hecho otra cosa que correr a través de prados, bosques y desiertos, cambiando quién sabe cuántas veces de montura, para traerme ese paquete de sobres que hasta ahora no he tenido ganas de abrir. Ya se ha ido a dormir y mañana mismo volverá a partir al alba.

Partiré por última vez. En la agenda he calculado que, si todo va bien, continuando yo mi camino como he hecho hasta ahora y él el suyo, no podré volver a ver a Domenico hasta dentro de treinta y cuatro años. Para entonces yo tendré setenta y dos. Pero empiezo a sentirme cansado y es probable que la muerte me sorprenda antes. Así que nunca más podré volver a verlo.

Dentro de treinta y cuatro años (o incluso antes, mucho antes). Domenico divisará inesperadamente los fuegos de mi campamento y se preguntará por qué entretanto he recorrido tan poco camino. Como esta noche, el buen mensajero entrará en mi tienda con las cartas amarilleadas por los años, llenas de absurdas noticias de un tiempo ya enterrado; pero se detendrá en el umbral, al verme inmóvil tendido en mi yacija, con dos soldados flanqueándome con antorchas, muerto.

Aun así, parte, Domenico, ¡y no me digas que soy cruel! Lleva mi último saludo a la ciudad donde nací. Tú eres el único vínculo que me queda con el mundo que en tiempos fue también mío. Los más recientes mensajes me han hecho saber que muchas cosas han cambiado, que mi padre ha muerto, que la Corona ha pasado a mi hermano mayor, que me consideran perdido, que han construido altos palacios de piedra en el lugar donde antes estaban los robles

bajo los cuales yo solía jugar. Pero sigue siendo mi vieja patria.

Tú eres el último vínculo con ellos, Domenico. El quinto mensajero, Ettore, que me alcanzará, Dios mediante, dentro de un año y ocho meses, no podrá volver a partir porque no le daría tiempo a volver. Después de ti el silencio, oh Domenico, a no ser que finalmente encuentre los anhelados confines. Pero cuanto más avanzo, más me convengo de que no existe frontera.

No existe, sospecho, frontera, al menos en el sentido que estamos habituados a pensar. No hay murallas de separación, ni valles divisorios, ni montañas que cierren el paso. Probablemente atravesaré el límite sin siquiera advertirlo e, ignaro, continuaré avanzando.

Por esto pretendo que, cuando Ettore y los otros mensajeros me hayan alcanzado de nuevo, no vuelvan a tomar el camino de la capital, sino que partan enseguida, precediéndome, a fin de que yo sepa con anterioridad lo que me espera.

De un tiempo a esta parte, por las noches se apodera de mí una ansiedad inusitada, y ya no es la nostalgia por las alegrías abandonadas, como me sucedía al principio del viaje, sino más bien la impaciencia por conocer las ignotas tierras a las que me dirijo.

Voy notando —y hasta ahora no se lo he confesado a nadie— que de día en día, a medida que avanzo hacia la improbable meta, el cielo irradia una luz insólita que nunca había visto, ni siquiera en sueños; que las plantas, los montes, los ríos que atravesamos, parecen estar hechos de una esencia diferente a la de nuestra tierra y que el aire trae presagios que no sé explicar.

Una esperanza nueva me llevará mañana por la mañana más adelante aún, hacia aquellas montañas inexploradas que las sombras de la noche están ocultando. Una vez más levantaré el campamento, mientras Domenico desaparece-

rá en el horizonte por la parte opuesta, para llevar a la ciudad lejanísima mi inútil mensaje.

2. EL ASALTO AL GRAN CONVOY

Gaspare Planetta, el jefe de los bandoleros, fue detenido en una carretera regional y, al no ser reconocido, fue condenado únicamente por contrabando. Estuvo tres años en la cárcel.

Salió de allí cambiado, consumido por la enfermedad, le había crecido la barba y, en lugar del famoso jefe de bandoleros, la mejor escopeta conocida, que jamás erraba un tiro, parecía un viejecito.

Con sus pertenencias en un saco, se puso en camino hacia Monte Fumo, el que fuera su dominio, donde vivían sus compañeros.

Era un domingo de junio cuando se internó en el valle, en lo más hondo del cual estaba su casa. Los senderos del bosque no habían cambiado: aquí una raíz a ras de tierra, allí una roca muy peculiar que él recordaba muy bien. Todo estaba como antes.

Como era fiesta, los bandoleros se habían reunido en la casa. Al acercarse, Planetta oyó voces y risas. Al contrario que en los buenos tiempos, la puerta estaba cerrada.

Llamó dos o tres veces. Dentro se hizo el silencio. Después preguntaron:

—¿Quién es?

—Vengo de la ciudad —respondió él—. Vengo de parte de Planetta.

Quería darles una sorpresa, pero cuando le abrieron la puerta y se vieron las caras, Gaspare Planetta notó enseguida que no lo habían reconocido. Sólo el viejo perro de la

banda, el esquelético Tromba, se le echó encima, ladrando de alegría.

Al principio, sus antiguos compañeros, Cosimo, Marco, Felpa y también otras tres o cuatro caras nuevas, le hicieron corro pidiéndole noticias de Planetta. Él les contó que había conocido al capitán de los bandoleros en la cárcel; dijo que Planetta iba a ser liberado dentro de un mes y que, mientras tanto, le había mandado allí arriba para saber qué tal iban las cosas.

Poco después, los bandoleros se desinteresaron del recién llegado y con un pretexto u otro le fueron dejando solo. Únicamente Cosimo se quedó hablando con él, pese a no reconocerlo.

—¿Y cuando vuelva qué piensa hacer? —le preguntó refiriéndose al viejo jefe, convencido de que estaba en la cárcel.

—¿Cómo que qué piensa hacer? —respondió Planetta—. ¿Acaso no puede volver aquí?

—Claro, claro. Yo no digo nada. Pensaba en él, pensaba... Aquí las cosas han cambiado. Y él querrá seguir mandando, se comprende, pero no sé...

—¿No sabes qué?

—No sé si Andrea estará dispuesto... seguramente se opondrá... por mí puede volver cuando quiera, es más, nosotros dos siempre nos hemos llevado bien...

Gaspere Planetta supo así que el nuevo jefe era Andrea, uno de sus antiguos compañeros, el que parecía entonces el más violento.

En ese preciso momento se abrió la puerta de par en par y entró el propio Andrea, que se detuvo en medio de la habitación. Planetta lo recordaba como una jirafa apática. Ahora, en cambio, tenía ante sí a un bandolero recio, con el rostro severo y un magnífico bigote.

Cuando se enteró de las noticias que traía el recién llegado, a quien tampoco él reconoció, dijo refiriéndose a Planetta:

—¿Ah sí? ¿Cómo es posible que no haya conseguido huir? Al fin y al cabo, no debe de ser tan difícil. A Marco también le metieron en chirona, pero sólo estuvo seis días. El mismo Stella no tardó en huir. Precisamente él, que era el jefe, precisamente él, no ha hecho muy buen papel.

—La cárcel ya no es como antes —dijo Planetta sonriendo pícaramente—. Ahora hay muchos guardias, han cambiado las rejas, no nos dejaban nunca solos. Y además él cayó enfermo.

Así habló; pero mientras tanto había comprendido que le habían dejado fuera, había comprendido que un capitán de bandoleros no puede dejarse encarcelar, y mucho menos permanecer en prisión durante tres años como un desgraciado cualquiera, había comprendido que era un viejo, que para él ya no había sitio, que su tiempo había pasado.

—Me dijo —continuó con voz cansada, él que normalmente era jovial y sereno— que había dejado aquí su caballo, un caballo blanco que se llama *Polàk*, creo, y que tiene una hinchazón debajo de una de las rodillas.

—La tenía —dijo Andrea arrogante, empezando a sospechar que se hallaba ante el propio Planetta—. Si el caballo ha muerto, nosotros no tenemos la culpa...

—Me dijo —continuó tranquilo Planetta— que había dejado aquí unas ropas, una linterna y un reloj. —Y mientras tanto, sonreía maliciosamente y se acercaba a la ventana para que todos pudieran verlo bien.

Y en efecto, todos lo vieron bien y reconocieron en aquel delgado viejecito lo que quedaba de su jefe, del famoso Gaspere Planetta, la mejor escopeta conocida, que jamás erraba un tiro.

Sin embargo, nadie abrió la boca. Ni siquiera Cosimo se atrevió a decir nada. Todos fingieron no haberle reconocido porque estaba presente Andrea, el nuevo jefe, al que temían. Y Andrea había fingido no darse cuenta de nada.

—Nadie ha tocado sus cosas —dijo Andrea—. Deben de estar ahí, dentro de un cajón. De la ropa no sé nada.

Probablemente la haya usado algún otro.

—Me dijo —continuó imperturbable Planetta, esta vez sin sonreír—, me dijo que había dejado aquí su arma, su escopeta de precisión.

—Su escopeta sigue aquí —repuso Andrea—. Podrá venir a recogerla.

—Me decía —siguió Planetta—, siempre me decía: quién sabe cómo estarán usando mi escopeta, quién sabe qué cascajo me encontraré cuando vuelva. ¡Estaba tan encariñado con ella!

—Yo la he utilizado alguna vez —admitió Andrea con un ligero tono de desafío—, pero no creo haberla estropeado por eso.

Gaspere Planetta se sentó en un banco. Notaba la fiebre habitual, no mucha, pero sí la suficiente como para sentir la cabeza pesada.

—¿Me la podrías enseñar? —dijo, dirigiéndose a Andrea.

—Vamos —respondió Andrea, haciendo un gesto a uno de los bandoleros nuevos que Planetta no conocía—. Vamos, ve a por ella.

Trajeron la escopeta a Planetta, que la observó minuciosamente con aspecto preocupado y poco a poco pareció tranquilizarse. Acarició el cañón con las manos.

—Bien —dijo tras una larga pausa—. También me dijo que había dejado aquí municiones. Es más, recuerdo exactamente cuántas: seis medidas de pólvora y ochenta y cinco balas.

—Vamos —dijo Andrea molesto—. Vamos, id a por ellas. ¿Alguna cosa más?

—Sí, todavía hay algo más —respondió Planetta con una gran calma. Y levantándose del banco, se acercó a Andrea y le quitó del cinturón un largo puñal envainado—. Su cuchillo de caza —y volvió a sentarse.

Siguió un largo y pesado silencio. Finalmente, fue Andrea el que habló:

—Bien... buenas tardes —dijo, para hacer comprender a Planetta que ya se podía ir.

Gaspore Planetta alzó los ojos midiendo la potente corpulencia de Andrea. ¿Podría llegar a desafiarlo alguna vez, enfermo y cansado como estaba? Se levantó, pues, lentamente, esperó a que le dieran sus otras cosas, metió todo en el saco y se echó la escopeta al hombro.

—Buenas tardes, señores —dijo encaminándose hacia la puerta.

Los bandoleros se quedaron mudos, inmóviles por el estupor, porque nunca hubieran imaginado que Gaspore Planetta, el famoso jefe de los bandoleros, pudiera irse así, dejándose humillar de aquel modo. Sólo Cosimo consiguió sacar un poco de voz.

—¡Adiós, Planetta! —exclamó, ya sin ningún disimulo—. ¡Adiós y buena suerte!

Planetta se alejó por el bosque, rodeado por las sombras del anochecer, silbando una alegre melodía.

Así fue como Planetta dejó de ser jefe de los bandoleros y fue sólo Gaspore Planetta, hijo del difunto Severino, de cuarenta y ocho años de edad, sin domicilio fijo. Aunque en realidad tenía uno, una choza mitad de madera y mitad de piedra, en Monte Fumo, en medio del bosque, donde antaño se refugiaba cuando había demasiados guardias por la zona.

Planetta llegó a su choza, encendió el fuego, contó el dinero que tenía, suficiente para algunos meses, y empezó a vivir solo.

Una noche que estaba sentado junto al fuego, se abrió de pronto la puerta y apareció un joven con un fusil. Tendría unos diecisiete años.

—¿Qué ocurre? —preguntó Planetta sin ponerse siquiera en pie.

El joven tenía un aire audaz; se parecía a él, a Planetta, treinta años antes.

—¿Están aquí los del Monte Fumo? Hace tres días que estoy buscándolos.

El chico se llamaba Pietro. Contó sin titubeos que quería unirse a los bandoleros. Había vivido siempre como un vagabundo y hacía años que pensaba en ello, pero para ser bandolero era necesario poseer al menos una escopeta y había tenido que esperar un montón de tiempo. Ahora, por fin, había robado una bastante buena.

—Has tenido suerte —dijo Planetta alegremente—. Yo soy Planetta.

—¿Quieres decir el jefe Planetta?

—Sí, claro, el mismo.

—¿Pero no estabas en la cárcel?

—Digamos que sí —explicó Planetta taimadamente—. Estuve tres días. No consiguieron retenerme más.

El chico lo miró con entusiasmo.

—¿Entonces me tomarás a tu servicio?

—¿Tomarte a mi servicio? —contestó Planetta—. Bueno, por esta noche puedes dormir aquí, mañana ya veremos.

Empezaron a vivir juntos. Planetta no desilusionó al muchacho, le dejó creer que seguía siendo el jefe; le explicó que prefería vivir solo y reunirse con sus compañeros sólo cuando era necesario. El chico lo creyó poderoso y esperó de él grandes cosas.

Pero pasaban los días y Planetta no se movía. Todo lo más, salía a dar una vuelta para cazar. El resto del tiempo se quedaba junto al fuego.

—Jefe —decía Pietro—, ¿cuándo me llevarás contigo a hacer algo?

—¡Ah...! —respondía Planetta—, uno de estos días organizaremos una buena. Haré venir a todos los compañeros, así podrás sacarte la espina.

Pero los días seguían pasando.

—Jefe —decía el muchacho—, he sabido que mañana, por la carretera del valle, pasará en carruaje un mercader, un tal don Francesco, que debe de tener los bolsillos llenos.

—¿Un tal Francesco? —preguntaba Planetta sin mostrar ningún interés—. Lástima que sea precisamente él, lo conozco bien desde hace mucho tiempo. Te digo que es un zorro, cuando viaja no lleva encima ni siquiera un escudo. Bastante con que lleve la ropa, tiene mucho miedo a los ladrones.

—Jefe —decía el muchacho—, he sabido que mañana pasarán dos carros con un buen cargamento lleno de comestibles, ¿qué te parece?

—¿De veras? —decía Planetta—, ¿comestibles? —y dejaba de hablar del asunto, como si no fuera digno de él.

—Jefe —decía el chico—, mañana es la fiesta del pueblo, habrá un montón de gente yendo de un lado para otro, pasarán un montón de coches, muchos volverán de noche. ¿No deberíamos hacer algo?

—Cuando hay gente —respondía Planetta—, es mejor no hacer nada. Cuando hay fiesta está todo lleno de guardias. Es mejor no fiarse. Precisamente así me detuvieron, durante una fiesta.

—Jefe —decía al cabo de algunos días el chico—, di la verdad, a ti te pasa algo. Ya no tienes ganas de moverte. Ni siquiera quieres venir a cazar. No quieres ver a los compañeros. Debes de estar enfermo, ayer mismo me pareció que tenías fiebre. No te separas nunca del fuego. ¿Por qué no me hablas claro?

—Puede ser que no me encuentre bien —decía Planetta sonriendo—, pero no es lo que tú piensas. Si realmente quieres que te lo diga, lo haré para que me dejes tranquilo: es una estupidez deslomarse para reunir sólo unos pocos cuartos. Si me muevo, quiero que sea para hacer algo que valga la pena. Pues bien, he decidido esperar al Gran Convoy.